

contrades per tal de poder arribar a conclusions generals sobre la "literatura de paperera" del país en l'època esmentada, puix que aquests documents, lluny de quedar arraconats i oblidats, permeten descobrir "el lluïment social i la legitimació cultural dels governants (...) reflex de les aparences mundanes, un pur i somrient simulacre de la democràcia representativa".

Marta Giné Janer

Nobel-Augusto Perdu Honeyman & Javier Villoria Prieto (eds), *La traducción: puente interdisciplinar*, Servicio de Publicaciones de la universidad de Almería, 2001, 289 páginas

Los objetivos centrales de este reciente libro ilustran la diversidad de las áreas de conocimiento que trabajan la temática de la traducción y la intensa actividad de un amplio grupo de profesores de una universidad joven (como es la de Almería) en este terreno.

En efecto, el volumen recoge colaboraciones de especialistas de lingüística (rol sagrado y profano del traductor en la antigüedad, contradicciones entre visión hebrea e islámica sobre la traducción), música (el traductor comparado con el intérprete musical), árabe (dificultades derivadas de creencias fundamentales sobre la lengua y argumentos extralingüísticos), filosofía (pragmática comunicativa y hermenéusis en traducción, la traducción dentro de una misma lengua), francés (problemas de verter poesía medieval francesa no sólo al español sino también al francés moderno, uso de traducción en didáctica de lengua científica, traducción como transmisión de cultura y relaciones de poder, pensamiento feminista), griego (Ovidio en Pedro Soto de Rojas) e inglés (manipulación, mecenazgos, traducción corporativa, traducción vehicular, falsos amigos en traducción de léxico penal, uso de traducción en didáctica de lengua extranjera, el poder falsificador en la profesión del traductor, contribución traductora de Pablo de Olavide).

En un estilo claro y didáctico, así como con un rico acompañamiento bibliográfico, los distintos autores ofrecen un surtido novedoso y original de artículos sobre las corrientes actuales de estudio y práctica de la traducción. Se aconseja a estudiantes de Filología, profesores del ámbito humanístico y traductores en general, así como para todas aquellas personas interesadas en reflexionar y descubrir cómo la traducción es un terreno de encuentro y convergencia de distintas culturas y, en ese sentido, una lección de tolerancia.

Marta Giné Janer

Nothomb, Amélie, *Mercur*, Paris, Albin Michel, 1998.

El impacto de la primera guerra mundial llevó a algunos intelectuales, principalmente de izquierdas, a reflexionar sobre qué camino debía seguir el mundo para evitar una barbarie semejante a la vivida. Entre ellos, Jean-Richard Bloch proponía como modelo del hombre moderno a un individuo que, por su formación, aunaría en sí mismo las virtudes de la civilización occidental tanto como las del universo oriental.

Se trataba de un objetivo ambicioso que no ha llegado a culminar según demuestra el acontecer diario, sobre todo en estos últimos meses. No obstante, existen contadas excepciones en las que la síntesis propuesta parece producirse. Una de ellas se encuentra en la joven escritora Amélie Nothomb. Es cierto que su trayectoria vital la predispone a manifestar una saludable amplitud de horizontes: de origen belga, esta hija de embajadores nace en Japón en 1967. Vive su infancia y adolescencia entre China y el Extremo Oriente hasta que, a los diecisiete años, conoce Europa. Es propensa a los viajes. En la actualidad se ha afincado en París aunque la magia de la capital francesa no baste para eclipsar su apego por Bruselas: en una de las entrevistas efectuadas, la novelista comparaba estas dos ciudades con la guerra y la paz respectivamente argumentando que vivir en París significa someterse a un combate continuo y diario.

Lo cierto es que esa *enfant terrible* de las letras irrumpió en el panorama francés en 1992 y desde entonces su reputación no ha dejado de crecer hasta el punto de que varias figuras del mundo de la música reclaman su verbo para componer las letras de sus canciones. Actualmente ha aceptado el mecenazgo de la joven cantante Robert, quien en su segundo álbum incluye una melodía escrita por su protectora.

Quienes la conocen la definen como una muchacha acomplexada y que tan sólo comienza a aceptarse físicamente a partir de los treinta, en parte, gracias a la escritura. Se ha comparado su actividad en este campo con la bulimia puesto que Nothomb suele escribir entre tres y siete novelas cada año, de las cuales únicamente una es publicada. De hecho, la mencionada enfermedad y su complementaria, la anorexia, forman parte de las reflexiones incorporadas al argumento de *Las catilinarias* donde la gordura despierta la agresividad de la escritora al plantear el dilema sobre el estado ideal de un cuerpo.

En su haber literario cuenta con *Hygiène de l'assassin* (1992), *Le sabotage amoureux* (1993), *Les combustibles* (1994), *Les catilinaires* (1995), *Péplum* (1996), *Attentat* (1997), *Mercur* (1998) y *Stupeur et tremblements* (1999), que recibió el Gran Premio de la Academia Francesa, además del Premio Internet (de lectores internautas), *Métaphysique des tubes* (2000). En nuestro país algunas de estas obras han sido traducidas al castellano por la editorial Circe y al catalán por Columna.

Sus obras suelen indagar en lo más recóndito del alma humana. En concreto nos centraremos hoy en *Mercurio y Estupor y temblores*. Como

suele suceder en la pluma de Nothomb, ansiosa por explorar ámbitos distintos, no existe un gran parecido entre ambas, aunque sí se reproducen preocupaciones constantes en todo el *corpus* de la escritora.

En la primera recrea una historia de amor entre un marinero viejo y una adolescente que viven lujosamente aislados del resto del mundo y bajo un principio infranqueable, esto es, ella, Hazel, no debe ver su rostro jamás. Una enfermera contratada para cuidar a la muchacha, Françoise, descubrirá poco a poco los lazos que unen a ambos personajes. En su descubrimiento la narradora explora los componentes de una relación amorosa, así como la perversidad a la cual puede abocar una pasión desmedida.

En *Estupor y temblores* Nothomb recurre a la fórmula autobiográfica para narrar la experiencia de una joven belga en una empresa nipona donde ha sido contratada en calidad de intérprete para acabar, al concluir su contrato, limpiando servicios. La escritora traza un retrato despiadado de la sociedad empresarial japonesa que exige una sumisión sin condiciones de sus trabajadores. Ese se convierte en el mayor obstáculo de la protagonista: cada uno de los intentos por mejorar su trabajo, lejos de ser apreciado, es juzgado como una transgresión imperdonable de las normas. Con sus deseos inocentes de contribuir en positivo, a los ojos de sus superiores pone en peligro esa jerarquía piramidal sobre la que se sustenta la empresa. Por ello se la degrada progresivamente hasta alcanzar situaciones que rozan el absurdo. Destaca el pasaje en el cual su jefe, el señor Saito, le ordena fotocopiar un millar de hojas. Para ocuparse, la protagonista debe prescindir del mecanismo automático y efectuarlas manualmente bajo el argumento de que, en caso contrario, estarían descentradas. La ironía culmina cuando se da cuenta de que se trata del reglamento de un club del golf del cual es socio su superior. Frente a esta tarea ingrata, otro directivo de la empresa le encarga un informe sobre una cooperativa belga. De nada vale el secretismo en el que la narradora lleva a cabo con modestia su cometido. Es más, esa nueva infracción le acarrea un destino peor: la sección de contabilidad. Sin referir todas las peripecias de Amélie en la empresa, podrían resumirse diciendo que cada iniciativa es sancionada con mayor dureza y que, en todo momento, su carácter maldiestro se atribuye a su condición occidental. Su superior inmediata, una mujer a quien la protagonista admira por su belleza fuera de lo común, es quien se revela de mayor crueldad —llega incluso a calificarla de “retrasada mental”— dejando perpleja a la empleada.

Sin embargo, el final no deja de ser revelador: a su regreso a Europa Amélie publica *Higiene del asesino*, una novela donde el mundo literario aparece descrito desde la crítica y el sarcasmo. Tras un año de ese evento Fubuki —su anterior jefa— le escribe una nota elocuentemente concisa pero donde la felicita. La conclusión a la cual nos conduce la autora estriba en que la literatura es el único medio capaz de redimirla. Con anterioridad ninguna de sus facultades había sido reconocida por los directivos de la empresa, en cambio ahora —aunque sólo moralmente— se le restituyen sus méritos. Por ese motivo la novelista se alegra no tanto por el mensaje en sí, sino por el hecho de que quien lo suscribe lo redacta en japonés. Pese a su calidad de

intérprete, esa lengua le había sido prohibida en el seno de la sociedad nipona. Se iniciaba así una situación inhospitalaria en la que se le negaba cualquier oportunidad de integrarse. Ella misma reivindicaba el poder del lenguaje para mejorar las relaciones entre los seres. Sin embargo, no sólo no se le concedía dicha suerte; además, se le negaba el poder compartir una determinada visión del mundo que cada lengua analiza a su manera. Dirigirse a la escritora en japonés significa, pues, readmitirla en el universo oriental. Con dicho argumento Amélie Nothomb hace gala de su formación como licenciada en filología románica y, por tanto, conocedora de las bases del lenguaje.

El poder de la literatura surge de forma todavía más explícita en el caso de *Mercurio*. A nivel de contenido, su relevancia es manifiesta: Hazel, la adolescente que se cree con un rostro monstruoso tras el accidente del cual fue víctima, sólo soporta la realidad gracias a la lectura. Los libros le permiten evadirse hacia otros mundos, a su juicio, inalcanzables para ella. Por ese motivo en sus conversaciones con la enfermera las alusiones a textos literarios se suceden con frecuencia, a veces generando opiniones opuestas que representan sus distintas personalidades y, a la par, que aluden a una característica de la literatura: la libertad de sugerencias concedida al lector según sus propias expectativas, intereses,... Así, la adolescente compara su situación con la de *El Conde de Montecristo*, evidentemente con motivo del encierro en la isla al cual se ve sometida. Evoca también a Sherezade, la protagonista de *Las mil y una noches*. Con este personaje de ficción comparte el hecho de que “la literatura tiene un poder más que liberador: su poder es salvador”, le asegura a Françoise. Recuerda asimismo Tío Vania de Tchekhov para suscitar el problema de la aceptación del cuerpo deforme, un tema ya abordado en *Las Catilinarias*. No hay que olvidar tampoco su devoción por *La Cartuja de Parma* no tanto porque la joven confiesa haberla leído unas sesenta veces, no sólo a causa de su pasión por los relatos de prisiones, sino porque la autora evoca con ella la teoría de Stendhal acerca de la novela. El escritor francés concebía este género como un espejo de la realidad. No deja de ser significativo que el único espejo permitido a Hazel sea precisamente el de la literatura.

La literatura ejerce, pues, una acción beneficiosa en la parte espiritual de Hazel. En cuanto a Françoise, la enfermera escéptica que asegura deleitarse con las novelas de Bram Stoker —sin duda, su placer estriba en las escenas sangrientas provocadas por los vampiros— la literatura también va a permitirle una evasión, pero en este caso y de un modo un tanto paródico, la huida es física: Françoise logra escapar de la estancia donde se halla recluida. La ventana deja de ser inaccesible tras apilar volúmenes de Hugo, de Agrippa d'Aubigné, de Scudéry, de Maupassant y de un sinfín de escritores franceses sin olvidar a otros “grandes” como Cervantes o Swift.

Pero además, la presencia de la literatura se manifiesta a nivel intertextual. El argumento planteado recuerda el mito de la bella y la bestia. Sin embargo, las obras de Amélie Nothomb acostumbran a presentar una acentuada complejidad de las relaciones humanas. También en el caso de *Mercure* el denso entramado está lejos de simplificar los papeles de cada personaje: Hazel, que se cree un ser monstruoso a causa de la desfiguración sufrida en su rostro, posee, en realidad, una belleza inusual capaz de embelesar a sus dos “protectores”. Aunque, según su relato a la propia Françoise, las exigencias sexuales del viejo Capitán la disgustan, siente por él un paradójico amor de manera que ese sentimiento basta para colmar su vida. En ningún momento la adolescente manifiesta deseos de evadirse de su encierro. A la invitación de la enfermera a efectuar un paseo por la isla responde con desaliento que al abandonar la casa le falta una presencia. La pena que le provoca el suicidio de su tutor contrasta con el regocijo cínico manifestado por Françoise.

Por otra parte, en la novela la “bestia” dispone de una cierta bicefalia pues se encarna tanto en el Capitán como en Françoise. Tras la muerte del primero, la enfermera toma las riendas de ese engaño. Adopta una conducta que hasta entonces había censurado y oculta la verdad a su protegida hasta cincuenta años después. Cuando le revela el secreto, son elocuentes las palabras de conclusión: “¿Negaréis que soy un monstruo?”-apunta Françoise. —De ningún modo. —responde Hazel —Pero ¿qué mejor para una joven de gran belleza que ir a parar a las manos de un monstruo?” Incluso entonces la bella hace gala de su adoración por sus carceleros, sin mostrar resentimiento alguno contra ellos.

En cuanto al título, también en él la escritora hace converger una vertiente real con una simbólica. El metal líquido de los termómetros vaciados sistemáticamente ofrece a Françoise la posibilidad de crear un espejo para su pupila. El farmacéutico donde los adquiere la enfermera interpreta la acumulación de mercurio como un medio de envenenamiento contra el Capitán, descubriendo a este último el ardid de su empleada. Pero además, el dueño de la isla interpreta este recurso en clave mitológica. Mercurio es también el dios mensajero, el dios del comercio. Su símbolo, el caduceo, es justamente el emblema adoptado por las profesiones médicas. Desde ese punto de vista, la enfermera recurriría al mercurio con una doble perspectiva: transmitir su mensaje a Hazel a través de un instrumento simbólicamente apropiado a su condición.

Estas someras constataciones permiten al lector cerciorarse de que en el universo de Amélie Nothomb las experiencias, las relaciones en apariencia más simples se convierten en inquietantes suscitando así reacciones extremas como la admiración o el rechazo.

M. Carme Figuerola

Annick Le Scoezec Masson, *Ramón del Valle-Inclán et la sensibilité “fin de siècle”*, Paris, L’Harmattan, 2000, 384 p.

El libro Ramón del Valle-Inclán et la sensibilité “fin de siècle” escrito por Annick Le Scoezec Masson y publicado en el país vecino por la editorial *L’Harmattan* resulta sumamente interesante en muchos aspectos, además de contribuir al mejor conocimiento de la actividad múltiple y diversa del escritor.

Por de pronto, la existencia del novelista lo sitúa en un período clave de la historia española, así como en un momento álgido para la literatura europea. A raíz de tal emplazamiento la autora ofrece una sólida documentación sobre nociones capitales para la comprensión de la obra valle-inclanesca: examina la herencia recibida del romanticismo; contempla su filiación como miembro de la generación del 98, con lo cual se pasa revista a las impresiones nacidas a partir del desastre nacional, el sentimiento de apatía, de abulia,... sin olvidar incluirlo dentro de un marco más amplio como es el del *espíritu finisecular*, expresión mediante la cual se designa la vida de 1900, esto es, de la conocida *Belle Époque*.

El propósito de esta investigación no consiste en presentar una pintura de la época, ni en recurrir a un procedimiento cronológico o sociológico ya emprendidos por otros estudiosos del tema. Su objetivo privilegia el estudio del texto, concediendo una absoluta preeminencia a las grandes figuras míticas. Se sitúa así dentro del método mitocrítico durandiano basado en poner de relieve una serie de temas y motivos recurrentes para con ello delimitar el imaginario de una época. La especialista reivindica además las enseñanzas de otros clásicos como Mario Praz o Hans Hinterhauser, entre otros. Con tal objetivo, el paisaje de la obra aparece poblado por personajes que, por sí mismos, cada uno de ellos constituye un fornido episodio de la historia literaria: nos referimos a Poe, D’Annunzio, Maeterlinck, Huysmans, Barrès u Oscar Wilde. Entre éstos Valle-Inclán representa la poco estudiada aportación hispánica a esa mentalidad, o según precisa el título, sensibilidad de finales de siglo. Dicha premisa justifica que la autora conceda particular importancia no sólo a los reproches del escritor a sus compatriotas, sino que, a causa de su eclecticismo y de su carácter poco especulador, se centre en el desbordante poder de imaginación, propio también de la fantasía hispánica.

Ese retrato del novelista, que en ocasiones bien se asemeja a un retrato de familia, se divide en tres grandes *planos*: el primero se consagra a estudiar las fuentes de las que Valle-Inclán nutrió su saber literario. Andando el hilo del tiempo, Le Scoezec Masson repasa los distintos espacios geográficos de probada influencia para el intelectual como es el caso de Galicia, lugar de su nacimiento, tierra anclada en el medievo y donde Valle-Inclán toma contacto con un regionalismo de corte romántico. Idéntica atención merece la pronta amistad con Rubén Darío, de cuya mano el escritor gallego accederá a un